

APUNTES SOBRE LA MUSICA  
Y DEMÁS BELLAS ARTES EN GENERAL.

DIOS.

Hemos admirado la Creacion: la hemos contemplado participando en ella de ese soplo poderoso que la anima. Por todas partes hemos visto en sus contrastes, en sus preciosos detalles y en su majestuoso conjunto nuevas formas revistiendo los fenómenos sensibles, siempre la variedad esparciendo sus infinitos rayos de poesía, rayos de algun foco de luz perenne, de alguna unidad absoluta que nos esforzamos por alcanzar. Hemos percibido en todos los momentos en que se escucha con el corazon, miles de ecos repetir, no sé qué canto, ó que nota eterna que armoniza la naturaleza. Hemos sentido en medio de ese órden universal que nos rodea un deseo de levantarnos sobre lo visible de las cosas, una aspiracion hácia un órden más superior y completo. Y entre tantas grandiosidades y tantos encantos envueltos en mil destellos de bellezas, una fuerza, el amor, ha brotado en el alma, desenvolviendo su poder intelectual, dándola impulso para marchar por entre las realidades existentes á un principio inmutable de lo bello.

El universo, flotando en el vacío, ordenándose por leyes persistentes y aislado de una causa increada, impulsándose á sí mismo por una combinacion de fuerzas ciegas y produciendo la actividad y la vida, no se concibe ni se comprende; no halla así el mundo cabida en el sentimiento artistico. El universo, por otra parte, creado armonioso y bello, no por una razon infinita, sino por la razon humana—que seria entonces la mas hermosa evolucion de la fatalidad—no satisface á nuestra alma, por más que así la elevemos á la última variedad de la materia, ó á la última de las *selecciones naturales*. Y es que de este modo el arte, traductor de la naturaleza en su más alta expresion, nada explicaria, ó mas bien, descenderia á buscar una imitacion sin símbolo y estéril de idealidad; nada podria encontrar

tampoco en esas agregaciones moleculares que una acción fatal desenvuelve; y su ilimitada tendencia hacia una belleza suprema, hacia un principio y un orden invisibles, se detendría dentro de nosotros mismos, ó forzosamente habría de marchar de lo perfecto á lo imperfecto, del orden al caos, único principio que hallaría agitándose en la noche oscurísima de los tiempos. Pero precisamente al contemplar las magnificencias de la Creación, el alma se lanza á saciar su sed de belleza, no en los elementos simples que combinan el azul del cielo, ni en el átomo de materia, ni en un sistema de fuerzas, ni en un principio de desorden, sino que busca el conjunto de las variedades, la causa primera, la síntesis de todo orden y de toda realidad, la fuente purísima de donde mana la belleza originaria. Deja á un lado el artista la soberbia de la ciencia cuando quiere emanciparlo y marcha á ligarse más y más en las infinitas relaciones de las obras de la creación. Busca en ella al autor Supremo y anhela acercarse á Él por los innumerables medios que á su corazón tocan; quiere al mirar hacia sí encontrar el tipo de su personalidad, la personalidad infinita; y por su palabra, la palabra más grandiosa, la palabra que todo lo resume, la palabra término final de sus aspiraciones, digámoslo ya, la palabra Dios, ideal estético, vida de nuestras creaciones y el complemento del arte.

La idea de Dios es en efecto el complemento del arte; es la idea que lo lleva á su verdadero destino. Sin esta idea el pensamiento se estrecha y se limita, se ahoga dentro de nosotros mismos; no se acertaría á comprender la belleza en toda su idealidad, no sentiríamos lo sublime, ¿qué digo? ni aun tampoco traspasaríamos las barreras de los sentidos ¿y para qué? ellos son suficientes y bastan á satisfacernos aquí abajo, en las esferas de lo natural y sensible. Pero la acción del alma no puede acabar ahí: un presentimiento que arranca del fondo de nuestro ser nos lo advierte, y una lágrima que aparece cuando las sombras de tristeza tiñen nuestras mayores alegrías da la señal de lucha. Entonces es cuando la actividad del espíritu no se detiene en lo que vé y percibe; ha adivinado lo invisible, y desarrollando las poderosas fuerzas de su inteligencia se mueve hacia un ulterior destino. Es la idea de Dios aquella que germina en el fondo de nuestro ser, la misma idea la que hace salir del corazón una lágrima regeneradora; Dios que nos transforma, impulsa y atrae á Sí; Dios, suma de perfecciones y bellezas, que tiene un encanto irresistible para nosotros; es Dios, en fin, la luz eterna que guiando al arte por entre las tinieblas de lo finito y relativo, lo lleva á la consecución de las últimas realizaciones. Felicidad eterna, amor eterno, belleza eterna: ¿qué son estas nociones sino la variedad en lo infinito de la eterna sabiduría? ¿las diversas aspiraciones del espíritu á una unidad también eterna? Y he ahí por qué el genio al querer participar de algo divino imprime á su obra un aliento de eternidad; crea para todos los tiempos y para todas las generaciones.

Suprimid la idea de Dios y dejais vacío el mundo; suprimidla, no obstante, pero borrarad del alma la inspiracion que tan solo se nos revela cuando á Él elevamos nuestra inteligencia; arrancaid la poesía que del corazon brota cuando á Él tambien levantamos nuestros sentimientos. Negad á Dios, pero al mismo tiempo negad el amor, el genio, el arte, negadlo todo, negaos á vosotros mismos. Mas será en vano; no podréis separarlo de vuestro corazon, porque vuestras esperanzas y deseos á Él se refieren; ni de las artes ni de las ciencias, porque en Él se encuentra la última verdad, la última belleza y el último perfeccionamiento; ni de la crítica profunda de la razon, porque sintetizará siempre en la unidad absoluta; ni de la esencia de todas las cosas, porque Dios estará en el término de ellas. Negad á Dios, y nuestro fin se habrá cumplido.

El Sér infinito, unidad y vida, razon universal, no puede ser abarcado por nuestra razon variable y finita, no puede ser reducido á los impulsos de nuestra sensibilidad; pero Dios fecunda todos los seres y hechos que nos rodean de un principio de belleza. Este modo ó aspecto de las cosas, ó esta expresion de la naturaleza entera se presenta á la actividad de nuestra alma para que pueda llegar actualmente al conocimiento necesario y suficiente y á los fines posibles en la vida artística. La belleza, resplandor más puro de la Divinidad, es como la primera aurora que disipa las oscuridades de la inteligencia; y en su clarísima luz el alma se anega y se ilumina, crea el tipo, se inunda de esperanza en el porvenir, y goza y ama, se eleva y recibe la inspiracion, recibe á Dios participando del reflejo de la belleza eterna.

No es, pues, posible negar á Dios, aunque no se le comprenda, al mismo tiempo que creemos en la inspiracion y en el genio, y cuando aspiramos á una belleza simple y pura. Tampoco es posible sustraernos á su accion poderosa; tratar de evitarla seria igual á buscar en el sér humano el límite de la creacion; seria satisfacernos en nosotros mismos; y todo lo contrario observamos por experiencia: que al cabo hemos de dirigir nuestra vista á la causa increada, donde nuestro espíritu poseyendo en ella la verdad y la belleza, entra en sí mismo engrandeciéndose en su fin legitimo.

Pero hay más; la historia del arte nos muestra á cada momento la idea del infinito glorificando la concepcion del genio; la influencia de la idea de Dios en el progreso de la belleza. Entre los recuerdos que la antigüedad nos ha legado encontraréis el arte, ora fatal, pero severo é inmenso; ya politeista, pero universal y diversificado en todo; siempre protegido por una divinidad y constituyendo el encanto de los mismos dioses; siempre aspirando á un mundo invisible, ideal de todos los tiempos y de todos los pueblos; unas veces fraccionando la naturaleza como queriendo hallar en cada parte un elemento de divina perfeccion; otras veces reconstruyendo las ideas esparcidas de orden y armonia en una unidad primera que á todas las abarque. En efecto: ved en las concepciones monumentales de la India, en los

cantos de los *Rischis*, sus poetas, como aparece el arte con el imponente aspecto de la fatalidad; pero la fatalidad es Dios, *Brahma*, el genio Supremo, el Gran Todo habitando aquellos templos que hace brotar de entre las rocas la inteligencia del artista, que no es más que una forma, ó *la emanacion de la sustancia absoluta*. La Persia, igualmente grandiosa en los monumentos, crea tambien en sus fantásticas epopeyas mundos invisibles para ofrecérselos á la razon Eterna, á *Ormuzd*, su dios Bueno, ó á *Lakshini*, su diosa Bella. El Egipto llenando la tierra con sus estátuas y pirámides colosales, parece que extiende el pensamiento al espacio infinito; acércase por la materia al Dios inmutable y sin nombre, y lleva el arte a las tumbas, á las puertas de la eternidad. Los coros de David cantan en Israel la gloria del Señor, su santo nombre inspira á los profetas, y en las alturas de la ciudad de paz, en Sion, las artes embellecen la morada del Altísimo. Consagran los griegos el aire y la tierra, los mares y el cielo á sus dioses inmortales; desde los valles y los montes sus divinidades protegen á Homero y á Fidias; presiden sus artes las musas, los dactilos inventan el ritmo poético, y la Aonia y el Parnaso, el Valle del Hemus y el Ida son otros tantos lugares de la inspiracion; todo lo dividen y sensualizan, pero todo lo embellecen y deifican; todos los elementos del orden material son sus dioses, fuerzas distintas por medio de las que buscan la unidad creadora, el Dios majestuoso del Olimpo. Roma, aun en aquellos tiempos en que encadenaba sus glorias y sus artes al carro triunfal de los Emperadores, deja entrever el afan á lo desconocido, á un poder muy superior al de los Césares; en sus arcos y en la cúpula del Panteon, en la Eneida y hasta en los acueductos y anfiteatros domina siempre una idea de eterna Grandeza. Y en las obras de muchos pueblos que no recordamos; en la edad media, en Santa Sofía como en la Meca; y en los tiempos presentes, en que la idea de Dios no está, como se cree, tan borrada de las obras humanas, si bien algo empañada por la idea por demás arrogante que de sí tiene el hombre; en todas las épocas, en todos los momentos históricos el arte busca el dogma de la inmortalidad, busca á Dios, al Dios vengador ó imponente, majestuoso ó sensual, al Dios providencia, ó bajo otro nombre, ó sin nombre alguno, pero siempre á Dios: al ideal eterno de toda la humanidad,

Nos dicen, pues, los hechos artísticos de todos los pueblos, que el verdadero arte se refiere siempre á Dios, en el sentido de imitar las mayores perfecciones, ó en el de encontrar la expresion más alta de las cosas. La belleza que es el lazo de union entre lo finito y lo infinito, aunque está como esparcida en la naturaleza, se halla reunida en Dios. Este es el foco inmenso de donde irradia continuamente la luz del arte, el orden y la armonia; éste es el tipo absoluto de lo bello, vision intuitiva que el genio alcanza alguna vez, si bien imperfecta, por entre las sombras de la materia; por eso el artista de todos los tiempos ha dirigido hácia ese ideal eterno sus fuerzas creadoras. En otra parte ya hemos visto que la naturaleza es la base de nuestro

desenvolvimiento actual: que así la Providencia nos ha dado por sus mismas obras el medio de acercarnos al fin divino. Y de ahí que las condiciones artísticas se llenan buscando al supremo Sér en todo, poniendo en contacto inmediato con lo que nos rodea nuestras ideas y sentimientos, nuestros instintos y sensaciones. Los séres, los atributos, los hechos y las fuerzas del universo combinándose y multiplicando sus encantos, se revelan à la inteligencia en expresiones de lo invisible, y nos atraen formándose así un pacto de alianza entre la naturaleza y el espíritu, entre Dios y el arte. Todo está lleno de Dios: la poesía es su gracia que cubre la tierra, sonrisa del cielo que hace dulce y hermoso lo que el alma ve y siente. Todo nos llama à Dios: aquellos deseos que nacen en nuestro corazón entre las armonías que percibimos del universo, no son más que la aspiración à Dios; los matices de la luz crepuscular, las notas que de las hojas de las plantas hace sonar la brisa con suave pulsación, el cadencioso ritmo de las fuentes y el coro de todos los séres enlazan nuestra sensibilidad à una realidad eterna, nos llevan al arte grandioso, à la sublime manifestación de nuestro agradecimiento.

El arte no es más que un tributo de belleza dado à la Divinidad por nuestra mano; tributo que pagamos en justa recompensa de los dones que hemos recibido; homenaje que se le ofrece al tomar posesión de las hermosuras del universo; es un himno cantado à nuestra regeneración. Además, nuestro espíritu esencialmente comunicativo y relacionado con la sabiduría suprema, no puede sentir y amar para sí solo; después de haber tomado la luz de las cosas de la tierra, lanza sus resplandores hacia los confines del tiempo y del espacio, buscando à Dios en los rayos de la misma gracia que nos envía. Admiración, encanto, deseos y amor son fenómenos que se despiertan en el alma para refluir à la causa inmediata que los produce, y después al Sér Único, término de todo lo que existe.

Y este tributo, este homenaje es religioso, porque en todos los actos elevados en que nos dirigimos al Creador hay amor y piedad: que la religión no es más que el vínculo que à El nos liga y acerca por la piedad y el arrobamiento de nuestro corazón. Es ilusión creer que el artista puede no ser religioso; si dejara de serlo no haría nada duradero, se activarían sus facultades en el vacío ò à lo más en lo mutable y perecedero de la tierra, en lo material y sensual; y todo esto es estrecho y limitado para el genio, bien poca cosa para llenar sus grandes aspiraciones. Tiene la religión un culto en el orden moral, por el que se arreglan nuestros actos y costumbres; tiene también su culto en el orden estético, por el que se une el alma à Dios, armonizándose en El por el amor à la belleza. Se inspira el que ama el arte: tener inspiración es estar en Dios; y el que está en Dios por fuerza ha de ser religioso. Esa inspiración es la Divinidad interviniendo en nuestros sentimientos, por la cual se opera el milagro de la concepción artística.

No pretendemos decir, sin embargo, que el arte ha de referirse

siempre á asuntos rigurosamente religiosos, representando los misterios ó el simbolismo de un culto: que en las relaciones generales entre Dios y el hombre hay variedad de fines en que el alma despliega su mision artística. El fin del arte es buscar la belleza en todo, la mismo en el órden moral que en el órden físico y con independencia si se quiere del órden propiamente religioso. Mas á pesar de esto importa consignar dos hechos que vienen reproduciéndose constantemente: que la época del escepticismo religioso coincide con la época de decadencia de las artes; y que siempre se han distinguido más los artistas cuando han sabido desenvolver el ideal de una religion. ¿Corroborará lo que concluimos de decir la admiracion que atraen, quizá sobre todas otras obras, el Júpiter Olímpico de Fidias, la Teogonía de Hesiodo, las pinturas de Zeuxis y Apeles y los cantos á sus dioses de los poetas en la antigüedad? el Juicio final de Miguel Angel, la Transfiguracion de Rafael, la Concepcion de Murillo. N. S. de Belen de Alonso Cano, la misa de Requiem de Mozart, las siete palabras de Haydn, el Ave Maria de Gounod en el cristianismo, y tantas otras que ahora no recordamos, llenas de un sentimiento tan profundo, que parece solo inspirarlo el magnífico asunto que representan ó á que se dedican?

Reasumiendo: hemos encontrado la idea de Dios en todo lo que nos rodea, pues todo lo abarca, y sin ella la existencia no seria comprensible ni el arte valdria la pena de nuestros sacrificios; negar, pues, á Dios es negar la aspiracion infinita de nuestra alma, es negar el soplo de inmortalidad que da vida en el tiempo á las creaciones del genio. Hemos visto tambien que si el Sér Supremo no es comprendido por nuestra limitada inteligencia, puede ser sentido en la naturaleza y podemos aspirar á El por sus mismas obras, por los efectos de su inmensa bondad hácia nosotros. Acercarnos á Dios, del cual tenemos algo, debe ser la constante tendencia y el esfuerzo superior del arte, pues fuera de El no hay poesía, no hay camino para la inspiracion. El arte, por lo tanto, es eminentemente religioso, pero buscando la belleza en todo; comprendiéndolo así, intuitivamente le ha dado la antigüedad un origen divino, y lo ha considerado como la espresion de lo infinito en el mundo de la materia. El hombre quiere alguna cosa que no sea lo accidental y pasajero de hoy, quiere avanzar hácia el mas allá, buscar la unidad primera de donde parte la variedad existente; pues dada la principal belleza deduce entonces lógicamente todas las demás bellezas. Así; Dios y Naturaleza, que es lo mismo que unidad y variedad, son los dos términos del arte. Amor es el medio, es la actividad del espíritu que se desenvuelve al contacto de lo bello, luz de Dios en la tierra, y que partiendo de uno de los términos, la variedad, se dirige constantemente á Dios, foco de belleza, centro de la actividad y del amor, principio de todas las creaciones y término de la unidad y variedad infinitas.

ENRIQUE PEREZ DE TUDELA.

## AL ATEO.

---

Oye criatura perdida,  
 Por el orgullo cegada,  
 La que cruzas por la vida  
 Sola, triste y abatida,  
 Y siempre desesperada.

---

¿De qué nacen tu desvelo,  
 Y tu profundo pesar,  
 Y tu amargo desconsuelo?  
 ¡De tu ingratitud al cielo  
 A quien osas insultar!

---

En tu loco escepticismo  
 Niegas al Sér que te ha dado  
 Un átomo de Sí mismo,  
 Hundiéndote en el abismo  
 De la duda y del pecado.

---

¡Negar á Dios! Que locura!  
 Medita en calma un momento:  
 ¿Ves ese sol que fulgura,  
 Cuya luz radiante y pura  
 Ilumina el firmamento?

---

¿Y esos mundos de diamantes  
 Que tachonan el espacio;  
 Y esos planetas brillantes  
 Que van caminando errantes  
 Por su infinito palacio?

---

¿Y ese ruisënor que canta,  
 Y ese arroyo que murmura,  
 Y ese desierto que espanta,  
 Y esa campiña que encanta  
 Con su radiante hermosura?

---

¿Y ese mar que ruge airado,  
 Y ese monte que se eleva  
 Por las nieves coronado,  
 Y ese volcan y ese prado,  
 Y ese bosque, y esa vega...?

---

¿Quién sino el Supremo Sér,  
El Señor de los señores,  
Puede ese mar contener,  
Y ese monte deshacer,  
Y matizar esas flores?

¿Quién le da al ave su canto,  
Y su belleza al pensil,  
Y á la campiña su encanto,  
Y al monte su niveo manto,  
Y sus auras al abril?

¡Solo Dios, Sér increado.  
Soberana Pròvidencia  
Que Cielo y Tierra ha formado:  
Dios que á ti mismo te ha dado  
Un átomo de su esencia!

¿Puede el acaso imponer  
La ley fija, soberana  
Que obedeció el mundo ayer,  
Que hoy se le ve obedecer,  
Que obedecerá mañana. . . . ?

Pues si hay un Sér superior,  
Grande, sublime, infinito. . . . .  
¿Por qué, pobre pecador,  
Le rechaza con furor  
Tu torpe labio maldito!

Tú por Él sabes pensar,  
Tú por Él sabes sentir,  
Y por Él puedes amar:  
¡Ingrato, ponte á rezar,  
Y cesa de maldecir!

Esa vida envilecida  
En que el infierno te lanza,  
Es ilusoria, mentida,  
Porque no puede haber vida  
Falta de fé y esperanza.

Sin Dios en el pensamiento,  
Sin Dios en el corazon. . . . .  
¿Qué es la existencia? Un tormento  
Sin par, horrible, cruento,  
Que mata sin compasion.

Rechaza tu escepticismo;  
 Bendice al Dios que te ha dado  
 Un átomo de Si mismo,  
 Y sal pronto del abismo  
 De la duda y del pecado.

Si en tu agitada existencia  
 Quieres encontrar la calma  
 Y la paz de tu conciencia,  
 Llene una santa creencia  
 El vacío de tu alma.

Si; no corras de tal suerte  
 De tu perdicion en pos:  
 Detente insensato; advierte  
 Que mas allá de la muerte  
 Está el tribunal de Dios!

Oye, criatura perdida,  
 Por el orgullo cegada,  
 La que cruzas por la vida  
 Sola, triste y abatida  
 Y siempre desesperada,

Si no quieres padecer  
 Ponte ante Dios á rezar  
 Y dichosa podrás ser:  
 ¡Ay! Es tan dulce creer!  
 ¡Es tan hermoso esperar!

AGUSTIN FERNANDO DE LA SERNA.

---

## EL FRUTO PROHIBIDO.

---

Por lo visto hay en el fondo de la sabiduría humana y de las grandezas de la tierra una sombra profunda, que reflejándose en la frente de los sabios y de los poderosos las cubre de tristeza

Hablando de Napoleón decía Sieyès: «Es un hombre que todo lo sabe, que todo lo quiere y que todo lo puede.» Los hechos posteriores de Bonaparte desde el Consulado hasta Santa Elena dieron tes-

timonio auténtico de la exactitud de las palabras de Sieyès. Genio ó fortuna, ello es que Napoleón dentro de los límites humanos todo lo supo, todo lo quiso y todo lo pudo. Cualquiera que sea la atracción ó la repugnancia que inspire es preciso admirarlo.

Pues bien, el arte nos representa á este hombre extraordinario en el momento solemne en que ejecuta una de sus más atrevidas empresas, como si buscara la ocasión en que debió mostrarse en su actitud y en su rostro la expresión suprema de su audacia ó de su genio.

¿Quién no ha visto el hermoso grabado que representa á Napoleón pasando los Alpes?—Su figura solitaria se destaca sobre las sombras del cuadro en medio de las bruscas asperezas de un terreno casi inaccesible. Por allí van con paso lento y silencioso la audacia y el genio, la fortuna y la gloria.

Más reparad bien: aquellos brazos cruzados sobre el pecho, aquella cabeza inclinada, aquellos ojos medio ocultos bajo la sombra de los párpados caídos, aquella frente á la vez despejada y fruncida, revelan su duda al grande hombre sumergido en las luminosas oscuridades de sus vastos designios: pero ¿cual es la expresión dominante en su actitud meditabunda y en su rostro pensativo?—la tristeza.

Cuenta con la audacia y parece humillado, es el genio y marcha con la frente inclinada sobre la tierra, le sonríe la fortuna y baja los ojos como si quisiera huir del encanto de sus locas sonrisas, ilumina la gloria los horizontes de su vida y el ligero fruncimiento de su boca descubre que duda á la vez de su audacia, de su genio, de su fortuna y de su gloria.

Perece abismado en hondas soledades de profunda tristeza.

Depójesele por un momento de los detalles suntuarios que reaniman en nuestra memoria la figura característica de Napoleón, y nos sería difícil distinguir en su actitud y en su rostro si se agita en el fondo de su entendimiento un gran pesar ó una grande empresa.

No penseis que es Napoleón, que como Aníbal atraviesa los Alpes y solo hallareis en él una actitud desalentada y un rostro triste.

Difícilmente descubriríamos en las misteriosas arrugas de su frente el plan de conquistar á Italia y el propósito audaz de erigirse en árbitro de Europa, más bien veríamos en ellas las señales inequívocas de un dolor oculto.

No sería á nuestros ojos el hombre que fatigado la victoria busca para apropiársela la mayor grandeza de la tierra, más bien nos parecería un ser que cansado de los desengaños de la vida huye del mundo oprimido por el peso de muy tristes pensamientos.

Muchas veces he contemplado el busto de Dante, y ante la tristeza que por decirlo así sombrea las severas líneas de su rostro, he sentido el impulso de estas mismas reflexiones. La cabeza del gran poeta que el arte nos ha transmitido aparece modelada por rasgos graves que imprimen en el conjunto de su fisonomía austera la

doble espresion de un gran dolor y de una gran esperanza.

El laurel que corona sus sienes brilla sobre la frente de esta gloria humana como la claridad sobre la sombra, como un rayo de sol sobre una nube, como los resplandores del cielo sobre las oscuridades de la tierra. Hay en esta mezcla de tristeza y de gloria algo semejante al crepúsculo, algo que descende de alturas inaccesibles, algo que se levanta de abismos desconocidos. Son los esplendores del genio divino que se desvanecen en los rasgos oscuros del rostro humano, es el alma inmortal que resplandece entre las tinieblas de la cárcel mortal en que vive encerrada.

Sea el que quiera el capricho ó la perversidad, la estupidez ó la barbarie de lo que llamais vuestras opiniones políticas, no os es lícito negar ante los testimonios auténticos de la historia no falsificada que Felipe II fué un gran Rey, cuya grandeza ha pretendido en vano oscurecer la calumnia sistemática de sus detractores. Pues bien, si os habeis detenido alguna vez delante del retrato de Felipe II trazado por el pincel de Pantoja, habréis participado de la tristeza que baña el severo rostro de aquel Rey que hacia inclinar la balanza de Europa con el peso de su cetro.

Si quereis reunir en una sola imágen el modelo más acabado de la sabiduría, del poder, de la grandeza y de la virtud, considerad bajo su aspecto puramente humano la nobilísima figura de Jesucristo, y no podréis concebirla en toda la plenitud de su belleza si no se os aparece iluminada por un rayo de luz divinamente triste.

Quiero decir con esto que el fondo de toda sabiduría humana y de todo poder humano es la tristeza.

Hay un rasgo característico y que podemos llamar frenológico, propio de toda superior inteligencia que es la reflexion, y no hay pincel humano que trace fielmente los contornos de una cabeza reflexiva, de una frente pensadora sin determinarla por medio de rasgos tristes.

Jamás he tenido á Voltaire por sabio y apenas hay ya quien le conceda un honor semejante: su *Biblia al fin esplicada* es ciertamente un monumento de su audaz ignorancia. Se ha hablado mucho del *genio* de Voltaire, mas la crítica severa y profunda añadiendo una sílaba á la palabra ha disminuido considerablemente su triste celebridad: ya no se habla más que del *ingenio* de Voltaire. Inferior á Racine, á Corneill y á Molière como literato, hay que concederle, no obstante, como filósofo el execrable honor de haber sido un gran sofista.

¿No?—pues examinad la espresion antipática de su fisonomía: la acerba sonrisa de su boca astuta os revelará bien pronto el veneno de su lengua; en las sombras que surcan su frente no descubriréis la magestad del pensamiento que busca la verdad, sino la espresion sarcástica de un rencor soberbio; en aquella fisonomía aguda, burlesca y repulsiva buscaréis inútilmente la magestuosa tristeza que parece ser la atmósfera propia de la sabiduría y del genio.

La burla de Voltaire es una mueca con la cual intenta encubrir la

oculta desesperacion en que se agita su espíritu rebelde; podría creerse que su movible inteligencia solo se sentia animada por un odio incorregible hacia la verdad, como si su falsa ciencia solo le hubiera hecho probar los frutos más amargos de la sabiduria humana.

Al coger del árbol del bien y del mal el fruto prohibido, parece que Voltaire solo ha probado el fruto del mal.

Es cierto que la revolucion francesa tributó á su impiedad grandes honores, pero es de toda certidumbre que si Voltaire hubiera vivido, esa misma revolucion lo habria guillotinado, porque tal fué el fin desastroso de todos los que la engendraron.

Pero descendiendo de la region en que habitan los hombres superiores encontraremos mas palpablemente comprobada la observacion que sirve de motivo á estas reflexiones.

La esperiencia es una sabiduria que el hombre adquiere año tras año en la universidad de la vida: el gran libro de esta ciencia experimental es el mundo, el gran maestro es el tiempo.

Por más que la juventud insensata de nuestra época se haya apropiado por el novísimo derecho de las incautaciones la posesion incontrovertible de todos los conocimientos con que se enorgullece el género humano, no le ha sido posible, todavia á lo menos, disputarle á la ancianidad el amargo privilegio de la esperiencia.

Y yo pregunto: ¿Por qué la infancia es tan risueña, la juventud tan bulliciosa y la ancianidad tan triste?

Ó de otro modo: ¿Por qué la sencilla ignorancia de la inocencia es más feliz que las orgullosas satisfacciones de la inteligencia....? ¿Qué hay en el fondo de la grandeza y de la sabiduria de la tierra que de tal modo entristece ó desespera el alma del hombre....? ¿Por qué la sabiduria es triste....? ¿por qué es amarga la esperiencia....?

Lo diré en inglés para mayor claridad: *That is the question.*

Convengamos en que, en efecto, la civilizacion que llamamos moderna y que es sin embargo tan antigua como el hombre, ha convertido la tierra en verdadero paraiso. Concedámosle, aunque no sea más que por un momento, esta infeliz satisfaccion á nuestro orgullo.

Muy bien: Hemos planteado en medio de este jardin de delicias el árbol frondoso de la sabiduria humana, y sea como quiera nos hemos otorgado amplio permiso para probar el fruto prodigioso, hemos penetrado hasta el último secreto de todas las ciencias.... Hemos hecho descender de las alturas incomensurables de su omnipotencia al mismo Dios y lo hemos declarado súbdito de nuestra razon soberana. Perfectamente: Nos hemos incautado del Universo y sacándolo de las *manos muertas* de la Divinidad lo hemos hecho nuestro. Somos pues, aunque simples mortales, y ésta es la gracia, infinitamente sabios, poderosos, principio y fin de todas las cosas.

¡Ah! si las generaciones que ya han desaparecido hubieran podido adivinar este supremo engrandecimiento del género humano, habrian detenido la muerte para venir á pasar con nosotros el resto de sus dias.

Mas compadezcamos su ignorancia y sigamos adelante.

¿Quién nos tase á nosotros con tanto poder y con tanta ciencia...? Nadie; pero entre tanto meta cada uno la mano en el saco siempre lleno de sus propias desdichas; sondee cada cual el abismo de sus angustias, de sus dolores y de sus tristezas; penetremos por un momento en los oscuros rincones de nuestras miserias y contestemos francamente: ¿Somos mas felices?

Eso si, nosotros hemos reconstruido el paraiso; aquella primera morada del hombre, que los incrédulos niegan, la hemos realizado por un acto soberano de nuestra sabiduria, de nuestro poder y de nuestro genio, mas todavia no hemos podido eludir la ley que nos condena á probar todas las amarguras de nuestras soberbias grandezas.

Al paladear el sabor amargo del fruto prohibido hemos entrado en la plenitud de la sabiduria y he aquí que somos dioses; pero Dios mio ¡que dioses tan infelices, ...!

Lo hemos conquistado todo menos la felicidad.

¿Por qué la sabiduria humana está tan llena de tristezas?—¿Por qué ha de estar la esperiencia tan llena de amarguras?—¿Por qué esta civilizacion presuntuosa está tan llena de desastres. ...? En una palabra, si lo sabemos todo ¿cómo no sabemos ser dichosos....?

¿En qué filosofia, en que historia, en que ciencia quereis encontrar la explicacion de tan raro fenómeno?—No hay más que una filosofia profunda, una historia eterna, una ciencia suprema que saben explicarlo: La primera caida del hombre, el arbol de la ciencia, del bien y del mal— el fruto prohibido.

No hay en la historia del género humano un hecho mas constantemente comprobado. Es un hecho perpetuo que se sucede de tiempo en tiempo como si quisiera reproducir en el curso de las generaciones el testimonio vivo de su divina autenticidad.

¡Que terrible ceguedad se apodera de los siglos impiamente sabios..! Ellos niegan la revelacion en el momento en que ellos mismos lo atestiguan.

J. SELGAS.



## BIBLIOGRAFÍA.

## PRINCIPIOS DE ECONOMÍA POLÍTICA

POR D. EDUARDO COLL Y MASADAS.

---

Digno de mencion es, quien en medio de la agitada turbulencia de las pasiones que empozoñan hoy todos los ámbitos de nuestra malhadada patria, se ocupa en escribir un libro, y un libro tan provechoso como el que ha dado á luz en Barcelona el distinguido Doctor y Catedrático D. Eduardo Coll y Masadas: titulado «Principios de Economía política» y afirmamos que es digno de mencion, hoy que la generalidad vaga perezosa, ó se arrastra soberbia despreciando la ciencia, contradiciendo sus principios y creando teorías tan absurdas como ridículas, presentándolas engalanadas á la muchedumbre ignorante, para seducirla con falsos oropeles y ocultándole con esmero su artificiosa superchería. El Sr. Coll no busca mentidas lisonjas de un momento; por el contrario, ha elegido para campo de sus ensayos una ciencia vasta, difícil, complicada, un verdadero problema, y á pesar de cuanto han escrito sobre la misma en los pasados siglos ilustres publicistas, y de cuanto da que hablar y discutir en la sociedad moderna, no ha desmayado en sus trabajos, no han sido valla para él los reputados nombres de Smith, Rossi, Hume y otros extranjeros, ni los célebres españoles de Florez Estrada, Labrador, Colmeiro y Borrego. Tampoco le ha arredrado en su empresa la necesidad de abordar las principales doctrinas económicas debatidas hoy por encontradas escuelas, impulsadas ruda y vigorosamente por el calor y la intemperancia de encarnizados bandos políticos, y bajo cuyas débiles sombras intentan vanamente unos y otros apropiarse la ciencia.

El autor, alentado sin duda por la convicción de sus ideas, en la profundidad de sus conocimientos y en la elevación de su espíritu, aunque con una modestia que le honra, trata con seguridad y tino las más intrincadas cuestiones sociales y económicas de que hoy es triste campo la política, sin que en la severidad de sus juicios se advierta, ni el temor á injustas censuras, hijas, más de determinadas circunstancias, que de la opinion pública, ni la flexibilidad á torpes alabanzas compradas á trueque del honor.

Su objeto, dice, fué escribir un libro didáctico sobre el interesante ramo de la Economía política, que pueda servir de guía á los escolares que aspiren á iniciarse en los secretos de la ciencia; pero aun cuando el Sr. Coll ha sujetado, con desventaja suya, el plan de la obra á el programa oficial publicado en 16 de Setiembre de 1870 por el Ministerio de Hacienda, ha sabido dar á su trabajo, sin faltar al fin que se propuso, unidad y desarrollo, al par que mayores y más acabadas proporciones á su libro, haciéndolo no un compendio diminuto é incompleto, no un simple manual, sino una útil, verdadera é interesante obra de Economía política, que abraza con la necesaria amplitud todas las materias objeto de esta ciencia, exponiendo todas las teorías, todos los sistemas, todas las opiniones más encontradas y especialmente las más modernas que tanto preocupan en el día á las escuelas y á los economistas, tales como el libre cambio, la propiedad y la libertad del trabajo, en las que con gran copia de razones y con un criterio altamente filosófico y moral desenvuelve y solventa tan delicadas cuestiones. Rico en citas de sabios é ilustrados escritores de todos los tiempos y países, basta el tomo que analizamos para adquirir con sus indicaciones un caudal inmenso de saber, lo cual demuestra la erudición y sólidos estudios de su autor. El estilo es correcto, fácil, la exposición clara y convenientes sus demostraciones, historia, analiza, discurre y compendia con sumo acierto sin dejarse llevar de antagónicos sistemas, pudiendo asegurarse que en no pocas ocasiones preside en él un eclecticismo juicioso, aceptando lo mejor de cada escuela, cosa en verdad natural en una ciencia y en un periodo en que tan discordes andan los maestros y pontifices de ella.

Basta lo apuntado para dar una idea de este importante libro, del que sentimos no podernos ocupar más detalladamente por impedirnoslo los estrechos límites de nuestra REVISTA; mas no terminaremos esta para nosotros agradable tarea sin consignar que hombres tan estudiosos, tan ilustrados y tan amantes de las ciencias como lo es el Sr. Coll y Masadas, honran á su patria y se hacen acreedores al respeto y á la consideracion pública; reciba pues, nuestro humilde pláceme y abrigue la seguridad de que esperamos con el mayor afán, otros nuevos trabajos de su fecundo ingenio.

B. MELLADO.

---

## EL DIAMANTE DE HIELO.

---

Jugando Delia en el jardín, un día  
 Encontrarse creyó  
 Un diamante, que loca de alegría  
 En su pecho guardò.

Después, cuando su juego hubo acabado,  
 Sacar quiso del pecho  
 El Tesoro que ansiosa habia guardado;  
 Mas ¡ay! lo halló deshecho.

Quiso llorar, pero faltòla el llanto,  
 Y entonces comprendió,  
 Que aquello que en el pecho guardó tanto  
 Su corazón heló.

J. RUIZ NORIEGA

La Sociedad Económica Lorquina se reunió el 22 de los corrientes con objeto de ocuparse de algunos asuntos de su competencia y entre ellos el que se refiere á la alianza establecida entre dicha sociedad y la nuestra, habiéndose aprobado en definitiva las bases que en la reunion anterior presentó la comision mixta que habia tenido el encargo de redactarlas; tambien acordó cobrar desde Julio en adelante por mensualidades la cuota que ha de satisfacer cada socio con arreglo al convenio establecido. El Sr. Cánovas indicó la conveniencia de que para el mes de Setiembre se abriera una exposicion de los minerales que se esplotan en este término municipal y especialmente de los de hierro, cuya importancia es cada dia mayor; pero no se pudo adoptar resolucion alguna sobre este asunto por lo escaso de la concurrencia.

Damos las gracias al Sr. D. Antonio Altadill, gobernador de la provincia por la atenta carta que ha tenido la bondad de escribir al Director de esta Revista.